

NOTAS

Genética y Política

LAS ESCUELAS ZOOLOGICAS DE INGLATERRA tal vez sean las mejores del mundo, pues no en balde tienen el ejemplo de amor a la investigación y a la ciencia que instituyó Darwin. Por eso no debe extrañarnos la abundante e interesante producción de libros sobre zoología y etología (ciencia que estudia el comportamiento animal) que tan frecuentemente dan a la publicidad profesores de Oxford y Cambridge.

“El Gen Egoísta”, libro de Richard Dawkins (*), profesor de etología en Oxford, ha puesto de presente una verdad científica que ha escapado, generalmente, del análisis de los utopistas sociales y que ahora, cuando fenecen las fantasías marxistas, cobra extraordinaria actualidad. “Somos máquinas de supervivencia, vehículos autómatas programados a ciegas con el fin de preservar las egoístas moléculas conocidas con el nombre de genes”, dice Dawkins en el prefacio de su obra. Parece una afirmación de ciencia-ficción, pero es, exactamente, la sensación que percibe el autor, como él lo confiesa, frente a esta verdad científica.

Los genes no solamente son egoístas, sino inmortales: nosotros no somos sino los vehículos destinados a transmitir esas unidades de material genético y... desaparecer. En otras duras palabras: estamos ciegamente programados —condenados biológicamente— a luchar por nuestros propios intereses y los de nuestros hijos. Es la condición básica de la selección natural y la supervivencia de las especies. Los cuerpos son temporales; los genes, en cambio, están potencialmente destinados a no morir.

Los genes transmiten, de generación en generación, un programa despiadado de supervivencia, y los individuos que, a su vez, no saben recibir, enriquecer y transmitir este programa, desaparecen.

De las afirmaciones de Dawkins, y en lo que concierne a sus relaciones con la ciencia política, podríamos llegar a interesantes conclusiones. Por ejemplo, la de que el hombre no actúa, básicamente, como masa, ni siquiera como grupo o clase social. El hombre actúa primordialmente como individuo. Es el actor histórico y el motor económico por excelencia. Ahogar la iniciativa individual, por consiguiente, es ahogar la especie. Despreciar o ignorar al individuo, para poner la fe en el Estado, o en la clase, o en el partido, es salirse de la realidad biológica, de la unidad, básicamente indeforma-

ble, que es el hombre. De ahí que cuando se eliminan los incentivos individuales, por ir tras hermosas pero impracticables utopías, como ha sucedido en los sistemas colectivistas, la sociedad se estanca y tiende a desaparecer. (No puede, por lo menos, soportar la competencia de otras naciones donde impera la libertad individual).

Es cierto que la humana, y solo la humana, se distingue de las otras especies en que puede desafiar, aunque realmente en proporción ínfima, la tiránica ley de los genes. Solo en la humana especie cabe, a veces, el altruismo puro y desinteresado. Pero este es solo un leve aleteo perceptible en excepcionales unidades de la especie. Y aquí también, de todos modos, volvemos al individuo, a ese, al altruista, y no a la masa, ni a la clase social, ni al partido.

Es lo que intuyeron David Hume y Adam Smith, y es lo que ha dado base indestructible a la democracia política y la economía de mercado.

II TRIMESTRE 1988

Tito Livio Caldas

(*) / Editorial Salvat, Barcelona